

A-
C157/5

U. S. ...
1932

RR 100789

A-Gj. 157/S

LAURENCE J. JENNINGS

ORACION FUNEBRE

QUE EN LA SOLEMNE FUNCION

celebrada en la Iglesia de las Iras. Comendadoras de Calatrava de esta Corte el dia 18 de Abril de 1841 para trasladar los restos del inmortal Poeta y distinguido Sacerdote

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

AL PANTEON DE LA SACRAMENTAL DE SAN NICOLAS DE BARI,

CON ASISTENCIA DEL EXCMO. SEÑOR

DUQUE DE LA VICTORIA,

AYUNTAMIENTO, LITERATOS

Y PERSONAS MAS DISTINGUIDAS DE ESPAÑA,

DIJO

EL SEÑOR DON PEDRO ARENAS,

Presbitero, Profesor en Teologia, Caballero de la Real Orden americana de Isabel la Católica, Examinador sinodal del Arzobispado de Toledo, del Tribunal especial de las Ordenes, individuo de varias Academias literarias, Socio de la económica de la provincia de la Mancha, etc.



MADRID: 1841.

Imprenta de D. JOSÉ PALACIOS, calle de Luxon.



*A los Sres. Don Joaquin Barraci,
 Don Antonio Zamácola y Don Francisco
 Perez, Autores del proyecto de exclu-
 sion de los restos de tan ilustre Poeta.*

¿En donde estoy? ¿Es este acaso el campo polvoroso don-
 de la antigua Grecia ofrecia la corona al mérito y al talen-
 to, al valor y al heroismo? ¿Es por ventura aquel famoso
 teatro en que la culta Roma convocaba al Senado para dar
 leyes de equidad y de justicia? ¿Es el pórtico de Atenas, don-
 de los sabios y filósofos más ilustres recordaban con lágrimas
 la memoria de los hombres grandes? ¿Es el santuario
 de Tebas? ¿Es el palacio de los Reyes de Creta? ¿Es el an-
 cho salon de la opulenta Corinto? ¿Es la soberbia plaza de
 Tiro? ¿O es acaso el sitio de Troya... Pero adonde voy?
 ¿Adónde me lleva mi exaltada imaginacion...? Lejos, lejos
 de mi pensamientos profanos... No es el templo de Grecia,
 ni el teatro de Roma, ni el pórtico de Atenas, ni el salon de
 Corinto. No: es un lugar más sagrado: es el templo de
 Dios: es un recinto santo, cuyos altares estan cubiertos con
 tristes velos. En su fondo hoy se levanta una tumba oculta
 de cirios amarillentos... Un cenotafio en que la impia
 muerte se sonrie y bora a la par; un elevado tumulto don-
 de contempla la parca inexorable sentada sobre una lira,

Pedro Arenas.

A los Señores Don Juan de
-narr Don Antonio y don
-narr Don Antonio y don
-narr Don Antonio y don

Don Juan de

Sapientiam ejus enarrabunt gentes.

El mundo enteró contará su sabiduria.

ECCLES. CAP. 14.

Señor. Señor.

¿En dónde estoy? ¿Es este acaso el circó polvoroso donde la antigua Grecia ofrecia la corona al mérito y al talento, al valor y al heroismo? ¿Es por ventura aquel famoso teatro en que la culta Roma convocaba al Senado para dar leyes de equidad y de justicia? ¿Es el pórtico de Atenas, donde los sabios y filósofos mas ilustres recordaban con lágrimas la memoria de los hombres grandes? ¿Es el santuario de Tebas? ¿Es el palacio de los Reyes de Creta? ¿Es el ancho salon de la opulenta Corinto? ¿Es la soberbia plaza de Tiro? ¿O es acaso el sitio de Troya.... Pero adónde voy? ¿Adónde me lleva mi exaltada imaginacion....? Lejos, lejos de mí pensamientos profanos.... Este no es el circo de Grecia, ni el teatro de Roma, ni el pórtico de Aténas, ni el salon de Corinto. No: es un lugar mas sagrado: es el templo de Dios: es un recinto santo, cuyos altares estan cubiertos con tristes velos. En su fondo hoy se levanta una tumba cerca-da de cirios amarillentos.... Un cenotáfio en que la impía muerte se sonrie y llora á la par; un elevado túmulo donde contemplo la parca inexorable sentada sobre una lira,

cuyas doradas cuerdas rompió de un modo bárbaro y sacrilego. Veo la funesta guadaña, que, alzando sus descarnadas manos, presenta un negro y fúnebre pergamino que contiene la historia del hombre. Levanta su voz muda, pero penetrante, y nos dirige estas palabras." ¡Caducos mortales! oid y temblad. Piso con igual planta los suntuosos pavimentos de los palacios que las humildes chozas del pastor y del mendigo. Desde el solio á la cabaña; desde la tiara al cayado, todo sucumbe á mi voz. Esos palacios de jaspe, esos soberbios obeliscos, y esos arcos triunfales que hicieron los hombres para contentar su vanidad, hoy estan bajo mis pies, rotos y quebrantados cual frágil caña que rompiera el viento. Rasgué los mantos de los Monarcas, arruiné sus palacios, humillé sus torres, derribé sus tronos, rompí sus coronas, y sus cetros los hice polvo."

Señores: ménos terminantes eran las lecciones que daba el Magnate á los Reyes de Persia para recordarles que eran mortales, ó las que recibia el soldado romano atado al triunfante carro de su orgulloso vencedor. Ni eran tan terribles aquellas palabras que penetraban de continuo los oidos del Rey de Macedonia. "¡Acuérdate, Filipo, que eres mortal!"

Mientras, fija la vista en esa pompa funeraria, entregais vosotros el espíritu á profundas meditaciones, yo me dirijo al panteon cuyas puertas estan abiertas. — Piso la bóveda húmeda.... revuelvo las lápidas de los sepulcros.... y en medio de la huesa fijo mi vista en una sepultura.... La tierra está movediza y parece como haber arrojado de sí á un muerto muy poderoso.... una sombra se levanta semejante á un genio.... ¡O sombra! ¡sombra! ¿quién sois? ¿Sois Felipe? ¿Sois Carlos el grande? ¿Sois Fernando? ¿Sois Pelayo?

¡Sois Recaredo??? — No. Soy la sombra de D. Pedro Calderón...!!! — ¡Calderón! Basta tu nombre. Mi espíritu se eleva y engrandece al pie de tu sepulcro. ¡Restos preciosos! ¡Huesos ilustres! Yo os saludó lleno de veneración y respeto. Yo os invoco en este día. Y las artes españolas os saludan también por medio de mi boca. Las gentes y las naciones de todos tiempos cuentan y contarán siempre la profunda sabiduría de aquel varón inmortal de quien sois el polvo y la ceniza. *Sapientiam ejus enarrabunt gentes.*

Pero, Señores: si el fin de nuestra existencia fuera esa tierra menuda en que nos envuelven despues de morir: si toda nuestra gloria se redujese á ese rango que nos deslumbra en el valle de la vida.... entonces, ¡oh! derramando lágrimas exclamaria yo desde esta tribuna santa. ¡Mortales! ¡triste es el destino del hombre! Pero no; la antorcha augusta de la fe nos enseña lo contrario. Ella nos dice que despues de la tumba hay otro país mas venturoso, una inmortalidad y una corona. De ella estará disfrutando el ilustre Calderón, pues aunque fue el príncipe de los poetas cómicos, fue un poeta verdaderamente cristiano y un sacerdote ejemplar de la Iglesia de Jesucristo.

Permitidme un pequeño desahogo, y empezaré su elogio.

¡Hasta cuándo las cenizas de un grande hombre habian de estar encerradas en un pequeño sepulcro? ¡Hasta cuándo los huesos del inmortal Calderón habian de yacer entre el polvo de una bóveda cenagosa, que la mano del tiempo iba destruyendo? ¡Hasta cuándo la patria de los Cervantes, de los Gonzalos y de los Cides habia de mirar

con fria indiferencia las glorias y los laureles del insigne Poeta mantuano? ¿Hasta cuándo....? Hasta este memorable dia en que los genios españoles honran su memoria, y le ofrecen una nueva tumba, sobre la cual derraman lágrimas y flores.

Señores: cuando al emprender el elogio de aquel genio sublime, cuya memoria es y será siempre gloriosa en los fastos de nuestra patria y del mundo, contemplo á las naciones extranjeras, especialmente esa Alemania que le mira como á un oráculo..... Yo entonces me lleno de admiracion, y al pie de su sepulcro conozco cuán débil es mi pincel para trazar el cuadro de tan célebre y distinguido personaje. Para este empeño tan árduo como honorífico seria necesario un Bossuet, ó un Fenelon. Acaso estos oradores de la Francia podrian lisonjearse en la ocasion presente de haber igualado el alto concepto, que la justa critica de los pueblos cultos ha formado de la celebridad de aquel nombre, y de la reputacion de un Poeta tan sensible como cristiano.

Confiado solo en la indulgencia de los sabios que me estan oyendo, busco la cuna de Calderon mecida por la brisa en las riberas del verde Manzanares. Allí le descubro sobre juncos y amapolas, semejante á un tierno arbusto cercado de mirtos y alelías, entre el rocío y los céfiros. Allí acuden ya á mirarle las musas, y la Religion á cubrirle con sus alas. Apenas recibe las aguas del Jordan en las pilas bautismales, cuando dilatado su corazon empieza á abrirse como el boton de rosa para hermohear la tierra. Aun respira el aliento de la infancia, y ya parece que contempla la belleza de esas bóvedas celestes, cuyo azulado manto sembrado de estrellas y luceros infunde en su alma precoz las

grandezas y maravillas de aquel Ser eterno, á quien saluda la aurora y á quien bendicen los lirios de la montaña. El vate ternezuelo le ofrece el sencillo homenaje de su corazón, y los primeros fervores de su alma pura é inocente. Los sabios directores del colegio imperial donde recibe su primera educación, le admiran llenos de asombro, y descubriendo en él todas las señales de un genio singular, exclaman atónitos y enajenados: «ved aquí un niño que dará mil dias de bendición y de gloria á la patria que le vió nacer. Retumbará su fama bajo los pórticos del templo de la inmortalidad, y las naciones todas contarán su sabiduría. *Sapientiam ejus enarrabunt gentes.*

Estudiados y aprendidos bien á fondo los dogmas fundamentales del cristianismo, su alma se embelesa con los encantos de la poesía, y, conmovida blandamente con la dulce lira de Apolo, se adormece en el tierno regazo de las musas, concibiendo los pensamientos más sublimes y las ideas más grandiosas. En Homero, en Virgilio, en Píndaro, en Tibulo y en Horacio empieza á conocer las bellezas del arte y del buen gusto, cuando, en la edad prematura de trece años ofrece ya al mundo sus primeras composiciones, tan sentidas como las del cantor de Troya, y tan acabadas como las del poeta de Sorrento.

A la sazón florecian los primeros talentos en la antigua ciudad de Salamanca, en aquella Universidad ilustre, emporio de las ciencias, donde está consignado la mitad del orgullo de los hijos de Iberia. De aquel templo augusto salieron esos hombres extraordinarios que vertieron raudales de luz sobre la tierra, y cuyos nombres pronuncia hoy con envidia el extranjero. Allí debia también desplegar sus vuelos el Fenix español para eclipsar las glorias de Moliere, Cor-

neille, Shakespeare y Racine, sombreando con su bandera de laurel los gloriosos sepulcros de Frai Luis de Leon, Tirso Molina y Lope de Vega. Allí debia ser la admiracion de Góngora y de Quevedo, abriendo aquella senda luminosa de creaciones y originalidad reservada únicamente á su alta inteligencia.

Dr. en ambos derechos, y enriquecida su alma con los mas profundos conocimientos de la historia sagrada y profana, filosofia y politica, su mision le llama á las aras de Minerva para levantar un nuevo monumento de saber y de gloria, donde se humillen los hombres de todas las naciones, y ante el cual se postren los monarcas de la tierra. Tan árdua empresa pertenecia solo á Calderon, á ese asombroso y agigantado genio, cuyos sublimes pensamientos participan tanto de Dios como del hombre. Su alma sensible, vehemente y delicada se eleva con facilidad á la cumbre excelsa del Olimpo, y allí busca con ansia las fuentes de la verdadera poesia; de esa poesia hermana de la Religion y descendiente del cielo; de esa poesia que nació con el mundo; de esa poesia que reunió en sociedad á la familia del hombre dispersa y derramada por los campos; de esa poesia que dulcifica las amarguras de la vida; de esa poesia que inspira amor á la virtud y horror al crimen; de esa poesia que nos enseña á tributar al Ser Supremo el justo homenaje de veneracion y de gratitud; de esa poesia que publicó en un monte las leyes de Moises; de esa poesia que endulzaba las penas de Jacob; de esa poesia que cantó epitalamios en las bodas de Raquel; de esa poesia que lloró amargamente en la muerte de Saul; de esa poesia que enternecia á José cuando abrazaba á su hermano Benjamin; de esa poesia cuyos ecos resonaron en las

riberas del Jordan; de esa poesía que bajó hasta las tiendas de Abrahan y escogió por morada los pabellones de Israel; de esa poesía que se llama divina y que está encerrada en el gran libro de las generaciones, libro del tiempo y de la eternidad, libro que los siglos veneran y el cielo sostiene con mano fuerte y poderosa. Este es el libro que arranca lágrimas á Calderon, enajenando su alma el harpa de David y los suspiros de Ismael.

Señores: preciso es que aqui se me permita una pequeña digresion para mi intento. Dejadme presentar algunos de aquellos cuadros que tan vivamente afectaban al célebre Poeta, cuya sensibilidad cristiana honra tanto su memoria. —Abrahan, aquel antiguo Patriarca, cuyos cabellos habían encanecido en el servicio de Dios, marcha con fatiga bajo el peso enorme de los años á la cumbre de una montaña. Lleva de la mano á su hijo querido Isaac. La ancianidad y la inocencia llegan á la cima del monte solitario donde va á cumplirse un sacrificio que exige el cielo. El altar está ya preparado..... el fuego encendido..... y la mano del sacrificador dispuesta á descargar el golpe..... ¡Padre mio! exclama Isaac; veo que hay altar, fuego y sacrificador..... ¿pero y la víctima dónde está? ¿Quién es, padre mio.....? ¡Tú eres la víctima hijo de mis entrañas.....! ¡Tú eres la víctima.....! ¡Tú.....! Póstrate en esas piedras y derramaré tu sangre..... El cielo lo manda.

Venid aqui, poetas cristianos; venid y contemplad con Calderon unos cuadros tan tiernos y patéticos. — El Patriarca, cansado de vivir, levanta su arrugada frente; empuña el cuchillo con mano temblorosa, alza su brazo para herir al querido de sus ojos, cuándo los cielos se rasgan de ternura, exclamando el mensagero de Dios: » Detente Abra-

han..... No hieras al inocente..... —El hierro se cae de las manos, el fuego se apaga y el sacrificador y la víctima, caen postrados sobre la tierra entre las humeantes cenizas.... ; Hijo de mi vida....! ; Padre de mi corazon....!!

Esta escena y otras muchas del cristianismo, que tanto conmovian á Calderon, interesan mucho mas que las que ofrecieron los poetas de Atenas y los escritores de todo el mundo.—La jóven Rut cogiendo espigas tras los fatigados segadores en los campos de Moab ; Raquel llorando la pérdida de sus hijos, y contristando con sus gemidos las montañas ; el paralítico en la piscina ; la Samaritana al pie de una fuente misteriosa : Lázaro el hermano de Marta saliendo del sepulcro á la voz de Jesus ; Magdalena cubierta con un velo ; Maria llorando junto á la cruz ; Jerusalem desolada, sin altares y sacerdotes..... Las vírgenes consternadas sin collares ni brazaletes ; y el triste Jeremías cantando amarga y dolorosamente sobre aquel cúmulo de desgracias, inspiran mayor interés que los mas celebrados héroes del fabuloso paganismo. Aquellos personajes llenos de virtudes, y todos los sucesos de la historia hebrea que contiene la sublime poesía del vencedor de Goliat, penetran al hombre religioso, arrebatan el espíritu de nuestro esclarecido poeta, que se traslada hasta el infausto Gólgota, en cuya cresta coronada de rocas contempla el misterio de aquella cruz teñida con la sangre de un Dios, muriendo por el hombre entre verdugos impíos y sayones sacrílegos. En aquel campo sagrado donde se obró la redencion del mundo, parece que quiso levantar Calderon una columna soberbia donde quedase escrito su nombre como el nombre de un poeta verdaderamente cristiano. Cualquiera le tendria por el Profeta mas distinguido de Dios, escuchan-



do estos versos divinos que dirige al madero santo:

«Iris de paz que se puso
entre las iras del Cielo
y los delitos del mundo.

Arbol donde el Cielo quiso
dar el fruto verdadero
contra el bocado primero
flor del nuevo paraíso:
arco de luz, cuyo aviso
en piélagos mas profundo
la paz publicó del mundo:
planta hermosa, fértil vid,
harpa del nuevo David
tabla de Moises segundo.»

(CALD. TOM. 1.º)

Pensamientos tan celestiales solo los concibe un Calderon; ese cisne cristiano, ese poeta memorable en cuyas obras se ven los milagros todos del arte y del ingenio.— No contento con este mundo de polvo, vuela en alas de fuego remontándose hasta el Empíreo. Allí contempla el trono de Dios; y bajando despues á la tierra con el perfume de los ángeles, al paso que crea nuevos mundos y nuevos seres embellecidos con moradas encantadoras, ofrece tambien á su patria aquellas famosas producciones que vivirán tanto como las lenguas en que estan escritas; aquellos dramas que dieron esplendor y gloria al teatro español, y que hoy sirven para condenar los estravios y licencias, que por desgracia han corrompido la que solo debiera ser escuela de la moral y de la virtud.

Cuando Calderon se ocupaba en dar al mundo sus obras preciosísimas, Milán y Flandes ardian entonces en aquellas guerras terribles que con tanta obstinacion como gloria sostuvimos por algunos años. Inflamado de ese espíritu nacional que alienta las grandes empresas, corrió presuroso al sitio de la pelea, ganando muchos laureles entre el polvo de los combates, sin perder la palma de las musas en los sangrientos campos de la guerra. — Felipe IV, Monarca y poeta á un tiempo; aquel Rey cuyo centro protegía las artes y los ingenios, no pudo menos de llamar á Calderon á su palacio, distinguiéndolo como al primer talento en los días de su reinado, y dando á sus obras todo el valor y aprecio que merecian.

Quisiera, Señores, que la catedra de S. Pedro fuera en este momento la tribuna de una academia, y que mi insuficiencia alcanzase á ver todo el mérito de aquellas famosas comedias y demas obras que dió á luz el favorito de Carlos y de Felipe. Gustoso me entregaria entonces á la honrosa tarea de analizar sus bellezas. Pero no; esta es mision vuestra, sabios y literatos que me estais oyendo. A vosotros toca ensalzar los gloriosos esfuerzos de aquel poeta fecundo, cuyo nombre (como dice un escritor) á pesar de la envidia de los que le persiguen hasta en el centro del sepulcro, atraviesa magestuosamente la serie de los siglos, en tanto que sus injustos detractores yacen en el olvido, y, si acaso dejan alguna memoria, es como la del que incendió el templo de Éfeso.

Honrado y distinguido con la cruz de Santiago que adornaba su pecho, tenía el primer lugar en el aprecio del Rey, que cada dia le daba nuevas pruebas de proteccion y cariño. Las órdenes militares á que él pertenecia,

tuvieron que salir á las montañas de Cataluña, y el poeta cruzado sentía no seguir sus banderas, pues una comision honrosa que le diera Felipe se lo impedía por entonces. El honor de caballero le estimuló más y más, y dando cumplimiento al régio encargo voló á incorporarse con sus compañeros, militando á las órdenes del Conde-Duque de Olivares, donde prestó servicios muy importantes á su patria como caballero de Santiago, y como capitán valiente de uno de los cuerpos mas lucidos de la nacion española.—Cansado ya de vivir entre el ruido de los cañones y el estruendo de las armas, alzó los ojos al cielo y escuchó la voz de su corazon que le llamaba á una vida mas santa.

Señores: ¡Qué espectáculo tan interesante! ¡Qué objeto tan halagüeño, tan digno de la admiracion de las edades y de las bendiciones de los siglos va á ofrecer Calderon á los diez lustros de su vida! ¡Ah! Siendo sacerdote de las musas, se hace tambien sacerdote de Dios!... Si con el primer título fue un poeta cristiano, con el segundo le vereis un sacerdote ejemplar de Jesucristo. — Las puertas del templo se abrieron de par en par, y el ara santa recibió al Vate español entre perfumes y coronas. Sus manos ungidas levantaron por primera vez el caliz de la nueva alianza, y los ángeles del cielo llevaron aquel sacrificio de paz al trono de las misericordias. — ¡Iglesia Santa! ¡Esposa querida del Cordero! El Dios de la eterna sabiduría te concede un nuevo ministro que velará por tu honor. El sostendrá tus cirios y candelabros; él avivará el resplandor de tus lámparas, y él sabrá confundir á los profanos que osen manchar tus altares.

Revestido Calderon con la toga del sacerdocio, busca

todas sus delicias en las sombras del Santuario, y, postrado ante las gradas del altar sagrado, contempla lleno de uncion religiosa las verdades eternas y los secretos de Dios. Una voz como salida del centro del tabernáculo le dice llegando hasta lo mas oculto de su alma. «¡Sacerdote cristiano! Tú eres el intérprete entre Dios y el hombre. Eres un personaje divino, cuyo carácter debe ser el misterio y la virtud. Con palabras y aun más con ejemplos habla al mundo, predica al pueblo. Busca al huérfano y al desvalido, penetra en las chozas del indigente pastor, y consuela al que gime en el lecho de la miseria. Enseña la verdad á los hombres y baña la tierra con aquella luz esplendorosa y pura que trajo al mundo el Salvador de los desventurados mortales.» — Estas palabras de amor y de religion resuenan en los oidos del poeta sacerdote, cuya vida es un cuadro de moralidad y de virtud.

El infeliz que gime en oscura cárcel bajo el duro peso de una cadena; el anciano enfermo que llora al verse en las cercanías del sepulcro sin tener un hijo ni una esposa que le alivie; el padre honrado que á pesar de sus fatigas y sudores no encuentra recursos para sostener su familia... y tantos huérfanos condenados á la miseria, encuentran un padre el mas amoroso y un amigo el mas tierno en D. Pedro Calderón, que busca con ansia á seres tan desgraciados para endulzar sus penas. Ved aqui la caridad evangélica. — Ved aqui un discípulo fiel de Jesus. — La piedad, el amor, la dulzura y el deseo de enjugar el llanto de la humanidad afligida, son los timbres y los laureles que deben adornar á los sacerdotes cristianos. Discípulos de un Dios de paz, y colocados en un lugar eminente, solo deben predicar la union y concordia entre los hombres,

inspirando en sus corazones los tiernos sentimientos de caridad y filantropía. Esta es su mision sobre la tierra, mision que conoció bien á fondo Calderon de la Barca, convencido de que un Sacerdote sanguinario, perseguidor y fanático que predicase la discordia, seria un Sacerdote de Moloch, y no un ministro de Jesucristo.

Ocupado nuestro poeta en tan piadosas obras, su vida era irrepreensible, y en su persona se veía representado el verdadero sabio y filosofo, vanamente buscado en la antigüedad. Abrasada y conmovida su alma con los valientes rasgos de Salomon, quiso formar en el ocaso de su vida unos soles y unas lumbreras que darán siempre luz á su tumba. Hablo de aquellos autos sacramentales, de aquellas producciones tan morales y religiosas donde se ve la mano de un Sacerdote ejemplar, al paso que en sus comedias, escritas con la mejor intencion, se descubre tambien el profundo talento de un poeta cristiano.— Su sepulcro viene á ser como un altar sobre cuyas gradas descansa la virtud, el saber, la moral y la Religion.

Acercaos, pues, á él, sabios y literatos. Y tú, invicto Caudillo, toca esos restos con tu espada vencedora, y veamos unidos este dia el valor y la sabiduría de dos españoles grandes. Calderon admirando al mundo en el siglo XVII, y Espartero en el XIX envaneciendo á su patria como uno de los primeros capitanes de la Europa. Y vosotros, Carlos II y Felipe IV, abandonad el régio panteon por un momento; animad vuestro polvo, y venid á cubrir con vuestros mantos de púrpura los restos preciosos de aquel varón respetable, de aquel famoso escritor que engrandeció vuestros reinados. Si vuestro cetro manchó las glorias de la patria, la pluma de Calderon hizo inmortal su nombre. Venid,

Reyes, venid; pero no: descansad en buen hora bajo el arco de la muerte, mientras la nacion española honra la memoria de su esclarecido poeta, despues de treinta lustros que dejó la tierra, quedando su nombre embalsamado con la bendicion de los pueblos cultos.

Ea, pues, juventud estudiosa, amante de la religion y de las letras, derrama coronas y flores sobre esos huesos; pues aunque ellos sean insensibles á estos honores y elogios, son tributos debidos al talento y á la virtud, que sirven de siglo en siglo para conservar la llama del ingenio y trasmitirla á sus imitadores. No desoigas la voz de esas cenizas, cuyo lenguaje es mudo, pero de una elocuencia sublime. Toma lecciones de ese maestro; y, en vez de pintarnos pasiones débiles y afeminadas, amores torpes y despreciables, pinta al hombre virtuoso en situaciones nada violentas, dejando para tiempos mas bárbaros esos dramas de los bardos extranjeros, donde la corona de un rey y la estola de un sacerdote quedan hechas pedazos bajo las plantas de un verdugo. Si un monarca se olvidó de su trono y un sacerdote de su altar, velos tiene la poesia para cubrir defectos de la miseria, y no ofender la moral pública, que es la palanca de las sociedades. La belleza mayor de todas es la virtud, y sin ella cualquiera composicion carecerá de interes. — Ofreced al público buenos modelos que imitar, condenando esa escuela cuyo empeño es acumular horrores sobre horrores, rasgando las páginas de la historia para hacer odiosos á los personajes mas célebres de ella. Calderon es cierto que desfiguró la historia; pero fue, como dice uno de nuestros primeros escritores, para asimilar los personajes griegos y romanos á los caballeros españoles, que por cierto valian tanto como los héroes de

cualquiera nacion. Imitadlo, pues, vuelvo á decir: en él hallareis la verdadera literatura de los pueblos monárquicos y cristianos.

¡Calderon! ¡Calderon! duerme en paz en el polvo de la muerte. Y mientras tu alma descansa en las mansiones eternas, queden selladas tus cenizas en ese sepulcro que hoy te consagra el respeto nacional. Recibe la corona de eterno é inmarcesible laurel rociada con nuestras lágrimas. Tu patria agradecida te erige este monumento, para que digan nuestros nietos á sus hijos: ¿Veis esos huesos? ¿Veis esas cenizas? Pues son las de Calderon, á quien admiró el mundo. Son las del escritor de Europa, cuya lira de marfil resonó en toda la tierra. Son las de un español honrado que engrandeció su patria. Son las de un poeta cristiano y un sacerdote ejemplar de la iglesia de Jesucristo. Su nombre vivirá siempre bajo los altos pórticos del templo de la inmortalidad, y las naciones todas contarán su sabiduría. *Sapientiam ejus enarrabunt gentes.*

HE DICHO.





